

YVETTE SÁNCHEZ

## COLLIGERE/LEGERE.

### El Paraíso en una biblioteca privada

Figura entre las cosas que nos unen al homenajeado y a mí una habitación apartada del resto del mundo, un refugio, una buhardilla, donde los libros coleccionados y leídos - los suyos en cantidades muy superiores - nos roban bastante espacio. Él tuvo que expandir su territorio a otras buhardillas, de modo que la biblioteca privada de Germán Colón quizás no resulte tan infinita, total y laberíntica como el modelo de Borges, pero sí muy nutrida e intrincada.

Las visiones borgeanas de la biblioteca absoluta y monstruosa, tal vez ilimitada, cual torre de Babel y, por encima, simulacro que sólo se refleja en un espejo, se forjaron quizás como reacción a la sobresaturación de papel impreso que ha visto este último siglo del milenio,<sup>1</sup> a la avalancha de libros que nos acechan en el mundo entero, al vértigo que sentimos ante la inmensidad de lo escrito.

Hagamos los cálculos según la propuesta de Borges y su Biblioteca total: Todas las combinaciones posibles de 1.312.000 signos por libro (cantidad que se compone de 80 caracteres por línea, 40 líneas por página, y 410 páginas) llegarían a la cifra astronómica de 1.312.000<sup>25</sup> (por los 25 signos del alfabeto<sup>2</sup>). Para representar esta cifra harían falta dos volúmenes de la Biblioteca y con todo, no lograría percibirla la capacidad humana; es infinita, en principio.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> La afirmación de que tal expansión vertiginosa de libros sea un fenómeno de nuestro siglo se desmiente con el hecho de que sólo tras cincuenta años de la impresión de la primera Biblia de Gutenberg, ya había 236 talleres de impresores en distintas ciudades europeas que producían entre diez y quince mil títulos en veinte millones de ejemplares. Cf. WOLFGANG PREISCHKAT, *Die Zukunft des Wissens und der Bibliotheken*, en: "Basler Magazin" del 1-II-1997.

<sup>2</sup> Saldría un total aún más desmesurado, si Borges se basara en la proposición de Nebrija que, como expone mi colega, Beatrice Schmid, en su contribución a este homenaje, lanzó las 26 "figuras de letras" en su alfabeto reformado.

<sup>3</sup> Debo el trabajo calculador a HÉLIE LASSAIGNE, "*La Bibliothèque de Babel*" et ses rapports avec quelques autres "Fictions", en: JACQUES ABOUCAYA ET AL. (eds.), *Analyses et réflexions sur Borges, Fictions*" (Paris, Éditions Marketing, 1988), pp. 67-73.

Por otro lado, las alusiones babélicas del autor argentino a una "producción mecánica" de la biblioteca, que contiene todos los libros, han recibido una dimensión verídica, de vaticinio, por las recientes evoluciones digitales de la biblioteca electrónica, virtual.

Y qué decir de la capacidad visionaria de Jonathan Swift que, ya en el siglo XVIII (1726), había forjado un antecedente de esta fantasía de la 'biblioteca integral', imaginada como resultado de una producción a máquina. En uno de sus viajes, Gulliver llega a conocer en la academia de Lagado el invento de un profesor que aspira a producir la biblioteca completa mediante un aparato de libros manejado diariamente por cuarenta alumnos. Un sinnfín de papelitos que contienen todas las palabras del idioma en todos los tiempos, declinaciones, etc., dispuestos sin orden, se barajan luego en la máquina de bloques de madera y alambres, de modo que nazcan miles y miles de trozos de frases que se van coleccionando con el fin de producir todos los libros habidos y por haber de las artes y las ciencias. Pero para lograr tal meta el profesor sueña con el empleo de unas quinientas piezas del prototipo único de dicho instrumento:<sup>4</sup>

[...] and the Professor shewed me several Volumes in large Folio already collected, of broken Sentences, which he intended to piece together; and out of those rich Materials to give the World a compleat Body of all Arts and Sciences; [...].

Colón no es bibliófilo, ni lo era Borges, quien afirmó:<sup>5</sup>

Yo he pensado, alguna vez, escribir una historia del libro. No desde el punto de vista físico. No me interesan los libros físicamente (sobre todo los libros de los bibliófilos, que suelen ser desmesurados), sino las diversas valoraciones que el libro ha recibido.

No les atraen los libros como objetos materiales, sino como instrumentos de trabajo y cognición. No les basta tocar o mirarlos, sino que los leen. Y esta es su manera de coleccionar que les nace de las lecturas. Fieles a la etimología grecolatina - cómo no la iba a tener en cuenta Germán Colón - coleccionan libros leyéndolos. El origen latino (*COLLIGERE*, 'recoger, allegar') establece compatibilidad entre el acto de leer (*LEGERE*, 'cosechar', 'coleccionar', leer' del griego *legein*) y el de coleccionar.

<sup>4</sup> JONATHAN SWIFT, *Gulliver's Travels* ed. por COLIN MCKELVIE (Belfast, Appletree Press, 1976), pp. 162-163.

<sup>5</sup> JORGE LUIS BORGES, *El libro*, en: *Borges oral* (Barcelona, Brujuna, 1983<sup>3</sup>), pp. 13-14.

Nos apadrina Martin Heidegger en esta vuelta a los orígenes de los conceptos de 'leer' y 'coleccionar' al afirmar:<sup>6</sup>

[...] und dieses ursprüngliche Zusammennehmen und Sammeln des Seienden [...] heisst griechisch *legein*, zusammenlesen, und *logos*.

Was heisst Lesen? Das Tragende und Leitende im Lesen ist die Sammlung. Worauf sammelt sie? Auf das Geschriebene, auf das in der Schrift Gesagte. Das eigentliche Lesen ist die Sammlung auf das, was ohne unser Wissen einst schon unser Wesen in den Anspruch genommen hat, [...].

Aquella colección basada en la lectura fervorosa, sin la que no llegamos a la cognición, es inmaterial, espiritual. Arsenal de datos, materia prima y pan cotidiano de todo gran escritor, y del profesor Colón; él puede elegir los textos que tiene a mano en el territorio sagrado de su cuantiosa biblioteca. De vez en cuando, por vía del proceso receptivo o asimilativo de la consulta de libros, les añade uno más, materializa la colección erudita en un nuevo arreglo propio.

Jean Paul lleva a sus extremos ese mismo don y se lo confiere a su protagonista Wuz, maestro de escuela, demasiado pobre para comprar libros, de modo que redacta, de su propio puño y letra, toda una biblioteca según los títulos del catálogo de la feria de libros de Leipzig. Sin duda, un maestro de la reescritura como Pierre Menard de Borges.<sup>7</sup>

Además de las metáforas de la biblioteca como patria (creada por Baroja) o universo (Borges), este último forjó la paradisíaca en su *Poema de los dones*:<sup>8</sup>

<sup>6</sup> MARTIN HEIDEGGER, *Grundfragen der Philosophie. Ausgewählte "Probleme" der "Logik"*, en: *Gesamtausgabe* (Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1984), tomo 45, p. 139. "[...] y esta primordial concentración del ente [...] quiere decir en griego *legein*, recoger, y *logos*." (La traducción es mía.) En alemán el verbo usado en su forma reflexiva, *sich sammeln*, significa 'concentrarse'.

MARTIN HEIDEGGER, *Aus der Erfahrung des Denkens 1910-1976*, en: *ibidem*, tomo 13, p. 111. "¿Qué significa la lectura? Lo fundamental y dominante en la lectura es la colección/concentración. En qué colecciona/se concentra? En lo escrito, en lo dicho por la escritura. La verdadera lectura es la colección/concentración en eso que ya cautivó en cierto momento nuestro ser sin tener conciencia real de ello, [...]." (La traducción es mía.)

<sup>7</sup> JEAN PAUL, *Leben des vergnügten Schulmeisterlein Wuz in Auenthal*, en: *Ausgewählte Werke* (con un prólogo de Hermann Hesse) (Zürich, Scientia AG., 1943), pp. 32-36. Muchos bibliotecarios profesionales auténticos han compuesto su propios libros: además de Borges, Anatole France, Leibniz, Lessing, Casanova, Stendhal, Saint-John Perse...

<sup>8</sup> Los versos figuran en la sexta estrofa del *Poema de los dones*, en: JORGE LUIS BORGES, *Antología poética 1923/1977* (Madrid, Alianza, 1981), p. 21.

[...] yo que me figuraba el Paraíso  
bajo la especie de una biblioteca.

Ahora, a pesar de la pasión sublime por los libros, cualquier bibliófilo (o bibliotecario), tarde o temprano, se ve enfrentado al problema prosaico de la falta de espacio en su jardín de las delicias.

Quisiera presentar a ti, Germán, y a todos los interesados, algunas posibles soluciones a dicha plaga, darles unos consejos prácticos (extraídos del ámbito literario) de cómo librarse de excesivas cantidades de papel impreso, de cómo recuperar territorio.

La ayuda digital, el ordenador nos salva (en primer lugar) de ficheros desbordantes y del destino del personaje docto de *Les îles des pingouins* de Anatole France, que termina ahogado en un diluvio de fichas, documentos impresos y manuscritos:<sup>9</sup>

Les murs du cabinet de travail, le plancher, le plafond même portaient des liasses débordantes, des cartons démesurément gonflés, des boîtes où se pressait une multitude innombrable de fiches [...] cataractes de l'érudition prêtes a se rompre.

De hecho se rompen estos torrentes, cuando al sabio se le vuelca un fichero, que cobra fuerzas homicidas.

El confinamiento de estas cartulinas eruditas<sup>10</sup> dentro de una computadora constituiría una ayuda profiláctica contra tal percance. Pero, ¿y los libros? ¿Cómo defendernos de ellos?

Hasta cierto punto nos ayudan a ahorrar espacio los CD-ROM y microfichas. ¿Cómo, si no, lograría almacenar otro erudito

<sup>9</sup> ANATOLE FRANCE, *L'île des pingouins*, (1908) en: *Oeuvres complètes*, tomo XVIII (Paris, Calman-Lévy Éditeurs, 1929), p. 12.

<sup>10</sup> Entre los escritores que inundaban sus casas con caudales de papelitos, fichas, notas y dibujos, figuran, entre muchos otros, Mário de Andrade, Jean Cocteau, Knut Hamsun, quien ordenaba sus papeletas en pilas agregadas a ciertas personas. Cf. ERICA LENNARD/FRANCESCA PREMOLI-DROULERS (eds.), *Maisons d'Écrivains* (Paris, Éditions du Chêne - "Hachette-Livre", 1994). José Ortega y Gasset tenía que evitar el peligro de ahogarse en el mar de cartulinas y notas sueltas acaparadas en su despacho dilatando su territorio de acción al comedor de la casa, muy a disgusto de su familia. Eugenio d'Ors crea, en una ficción suya, un fichero autónomo que empieza a alimentarse por sí solo; el mueble seguirá una dinámica propia, después de que el dueño, sus familiares y discípulos lo hayan nutrido laboriosamente y por tantos años con "cédulas de cartón". "Las papeletas reuníanse, seriábanse, apretábanse, se henchían, hubiérase dicho, que proliferaban." Este fichero termina por personificarse (ya antes es "amigo y servidor"), independizarse, automatizarse, mecanizando el trabajo del sabio (es obvio que d'Ors se burla de la técnica de trabajo de Menéndez Pidal y su escuela). Cf. EUGENIO D'ORS, *El erudito y el fichero*, en: *Nuevo Glosario* (Madrid, Aguilar, 1947), Vol. II.

(compatriota de Colón) en su casa de Basilea sus 85.000 libros coleccionados?

Con o sin ayuda ajena podríamos iniciar un proceso de *descoleccionamiento*: Pablo Neruda -¡qué valiente!- un buen día, tomó la decisión de deshacerse del lastre bibliotecario en su casa mediante una donación.<sup>11</sup>

[...] creció desmedidamente mi biblioteca y rebasó las condiciones de una biblioteca privada. Un día cualquiera regalé la gran colección de caracoles que tardé veinte años en juntar y aquellos cinco mil volúmenes escogidos por mí con el más grande amor.

[...] por cierto que han pasado veinte años de aquella fecha y nadie ha vuelto a ver ni mis libros ni mis caracoles. Parece como si hubieran retornado a las librerías y al océano.

El autor guatemalteco Augusto Monterroso, en ocasión de una visita personal a la casa de su colega Neruda, en 1955, parece admirarlo por dicho desprendimiento y narra sus propias experiencias en la hazaña de sacrificar quinientos volúmenes comprados, recibidos en regalo o adquiridos en las librerías de viejo:<sup>12</sup>

Yo soy un cobarde. De los varios miles de libros que poseo por inercia, apenas me atreví a eliminar unos quinientos, y eso con dolor, no por lo que representarían espiritualmente para mí, sino por el coeficiente de menor prestigio que los diez metros menos de estanterías llenas irían a significar.

A Monterroso le parece ridículo y algo simple quemarlos sencillamente en un "incendio como el de la Biblioteca de Alejandría, al que están dedicados estos recuerdos", o demasiado fácil y aburrido donarlos a cualquier biblioteca pública, e indigno de sí, de los libros y del basurero, tirarlos a la basura. La salida de regalarlos a amigos resultó camino arduo pero viable en un principio:

<sup>11</sup> Gracias a sus memorias sabemos que este poeta profesaba la bibliofilia. Se declaraba cazador y buscador arduo de libros de viaje y de historia natural, de diferentes ediciones del *Quijote*, de "incunables y otros volúmenes que me conmovían", de "ediciones originales" que "me parecía que conservaban el tacto de los poetas amados, manuscritos de Rimbaud", "tesoros ambicionados por la Bibliothèque Nationale de París y por los voraces bibliófilos de Chicago." Cf. PABLO NERUDA, *Confieso que he vivido. Memorias* (Barcelona, Seix Barral, 1974), pp. 374-377.)

<sup>12</sup> AUGUSTO MONTERROSO, *Cómo me deshice de quinientos libros*, en: *Movimiento perpetuo*, en: *Tríptico* (México, FCE, 1995), pp. 85-88.

Lo cierto es que de alguna manera he ido encontrando espíritus afines al mío que han aceptado llevarse a sus casas esos fetiches, a ocupar un lugar que restará espacio y oxígeno a los niños [...].

Su optimismo le desmintió brutalmente al devolversele por correo la mayoría de los supuestos quinientos ejemplares donados; finalmente tuvo que ajustar la cifra a veinte.

Antoine Compagnon evoca al 'hombre de las tijeras', que poseía sólo libros incompletos, abreviados mediante un tijeretazo según sus gustos. "Je lis avec des ciseaux", nos confiesa y así se fabrica "une bibliothéque de débris", una biblioteca fragmentaria, antológica, económica, despejada de páginas superfluas, cortadas, que terminan en el basurero.<sup>13</sup>

Cuántos casos de aficionados a los libros, que se han separado de sus colecciones al venderlas, regalarlas o donarlas, incluso destruirlas, disolviendo el conjunto en un arrebato de desapego.

El librero de lance ya encontrará a otra víctima, a otro bibliotecario adoptivo, a quien encomendar estos huérfanos parásitos (ladrones) de espacio.

Declarado abstemio por voluntad propia, el feliz de Virgilio Piñera, autor cubano (1912-1979), aseveró que jamás había poseído libros, sino que los leía prestados y conservaba su contenido en su mente.<sup>14</sup>

A los que no nos es dado tal talento mnemotécnico ni la renuncia ascética a la posesión de estos cuerpos concretos, Dios nos libre de una sobrina, un cura y un barbero que escrutinen nuestra biblioteca y organicen una hoguera en el patio para quemar algunos ejemplares;<sup>15</sup> o de una criada o esposa como la del bibliófilo y erudito Kien de Elias

<sup>13</sup> ANTOINE COMPAGNON, I.7. *L'homme aux ciseaux*, en: *La seconde main ou le travail de la citation* (Paris, Seuil, 1979), pp. 27-28.

<sup>14</sup> Hemos descubierto la culminación de esta renuncia ascética a las cosas en el cuento *Filthy with Things* de T. Coraghessan Boyle, en el que el autor norteamericano inventó una empresa que sabe aprovechar el hartazgo de las acumulaciones de objetos, también libros, y ofrece un descoleccionamiento profesional y consecuente, terapia incluida. - En una novela de los años 50, *Fahrenheit 451*, se reducen a cenizas los libros de una biblioteca privada considerados subversivos, pero los revolucionarios se ayudan almacenando los libros en sus cerebros y terminan con la biblioteca en sus cabezas. Cf. RAY BRADBURY, *Fahrenheit 451*, en: *The novels of Ray Bradbury* (London, Granada Publ., 1984).

<sup>15</sup> Cf. el memorable capítulo VI del *Quijote*, en el que arrojan por la ventana "más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños", para darles luego "castigo de fuego".

Canetti, *Die Blendung*, que nos eche de casa y nos aparte para siempre de nuestro edén de la biblioteca privada.<sup>16</sup>

Tienen que marcharse o los libros o el dueño. La expulsión del bibliotecario de su reino demasiado estrecho, y separación de sus tesoros, puede resultar más o menos voluntaria, en todo caso, apaciguaría la situación claustrofóbica.

Si tuviera que exiliarse a la tópica isla, a la que desde un principio se le permite llevar sólo un número muy reducido de libros favoritos, la quintaesencia de su biblioteca, por así decirlo, dejo a sus conjeturas, cuáles irían en el equipaje de don Germán además del Quijote: Borges, ¿por qué no?, Nebrija y, quién sabe, si también el Corominas. Dicho sea de paso que Pepe Carvalho, quien somete sus pertinencias bibliotecarias a regulares depuraciones, por lo menos en casa ajena, no se anima a tirar al fuego de la chimenea cierto volumen:<sup>17</sup>

[...] tuvo que reprimir el gesto de desgajar de la biblioteca un tomo del *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* de Corominas. Le contuvo no sólo el prejuicio cortés de que ni el libro era suyo, ni el fuego, ni la casa, sino también el temor de que el humo del papel estropeará el sabor de la paella.

La simulación bibliotecaria. Kien decide reemplazar la biblioteca que ha tenido que dejar atrás (25.000 tomos) mediante un simulacro. Finge comprar en todas las librerías de la ciudad miles de tomos que necesita para su investigación; en realidad se limita a mencionar los títulos a los vendedores, sin luego adquirirlos materialmente, sino que los conserva en su cerebro descomunal. Cansado por esta carga bibliotecaria, pero feliz por la recobrada libertad, duerme en hoteles, en cuyas fichas de inscripción indica como profesión "propietario de biblioteca", y en cuyas habitaciones instala sus fingidos libros en pilas tan altas que se ve obligado a pedir una escalera de mano a la camarera para alcanzar los más elevados.

Asimismo la pareja de artistas, Hubbard & Birchler (cuya exposición en el Museo de Arte Contemporáneo de Basilea se inauguró

<sup>16</sup> ELIAS CANETTI, *Die Blendung* (1935) (Frankfurt, Fischer, 1982), pp. 178-185. De hecho, Kien termina en un auto de fe compartido con sus libros, al quemarse junto con ellos, simbióticamente.

<sup>17</sup> MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Pablo y Virginia*, en: *Historias de fantasmas* (Serie Carvalho 8) (Barcelona, Planeta, 1991), pp. 145-146. - La poeticidad, con la que Vázquez Montalbán describe los efectos de tal cremación bibliotecaria, nos obliga a citar el pasaje: "[...] quemar libros en una chimenea y contemplar la lenta agonía de las palabras quemadas, pugnando por salir del papel que las momificaba en una estúpida promesa de inmortalidad que el fuego se encargaba de frustrar." (*loc.cit.*)

el mismo día de este homenaje a Germán Colón) se han inspirado en su nomadismo que les impide poseer una biblioteca y, en compensación, han ideado otra simulada, al reconstruir las estanterías vacías que podrían albergar una colección de libros, y colgar en una pared el correspondiente índice bibliográfico de todos estos volúmenes inexistentes, destruidos por un supuesto fuego:<sup>18</sup> la biblioteca ausente ... y espacio a discreción.

Permítanme que extienda, en un pequeño excurso, la disolución de lo material, los vacíos coleccionados, a ámbitos extrabibliotecarios. A los protagonistas de los cuentos de Heinrich Böll, *Doktor Murkes gesammeltes Schweigen*, de Eveline Hasler, *Der Löchersammler* (en la edición española, *Un montón de nadas*) y de Ignacio Izuzquiza, *El coleccionista*, les ha dado por acaparar: silencios - el colaborador de una estación de radio,<sup>19</sup> huecos de queso - el suizo,<sup>20</sup> y marcos vacíos - el espectador que quiere agudizar su mirada.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> La lista corresponde a las obras leídas por esta pareja de artistas que no pueden transportarlas consigo siempre en sus peregrinajes por el mundo, que les impiden coleccionar a un nivel privado.

<sup>19</sup> El Dr. Murke, psicólogo y colaborador en un estudio radiofónico, harto de sonidos y voces humanas que debe escuchar sin cesar en su trabajo, se relaja en sus ratos de ocio, con una colección de silencios grabados. Los pedazos pegados de cinta conservados (también en una cajita), contienen restos oficialmente inservibles, deficiencias de locutores - silencios, suspiros, respiros - que permiten descansar el oído. Considera un lujo grande y una rareza sensual muy sublime los momentos exentos de sonido. Cf. HEINRICH BÖLL, *Doktor Murkes gesammeltes Schweigen* (Köln, Kiepenheuer & Witsch, 1958/1987), pp. 9-51. Una coincidencia intertextual la exhumamos de la novela *Hunters & Gatherers*. Eve Leviticus es propietaria de una colección, grabada en muchas cintas y cassettes, de sonidos y ruidos, por ejemplo, industriales, del estilo de la *musique concrète*, o incluso corporales; no faltan tampoco los cortacéspedes, ascensores, lluvias, inodoros, un cerdo en el matadero, un salón de masajes, y un gato que cae del décimocuarto piso de una casa, y así sucesivamente. Por esta variedad no sorprende en absoluto que le haya dado también por la misma categoría sonora de Murke, pues posee una cinta repleta de silencios. Cf. GEOFF NICHOLSON, *Hunters and Gatherers* (Woodstock/ New York, The Overlook Press, 1994), pp. 99-101.

<sup>20</sup> EVELINE HASLER, *Un montón de nadas* (Madrid, Ediciones SM, 1994) [*Der Löchersammler*].

<sup>21</sup> Otra variante de lagunas o lapsos recaudados añade al alivio del sentido del oído el de la vista. En *El coleccionista* de Izuzquiza, se festeja la ausencia de cuadros con la colección de marcos "huérfanos de pinturas". El marco vacío significa para el protagonista la integración positiva y creadora de la añoranza, de las carencias de la condición existencial, una "invitación continuada a la plenitud, sugerencia de contenido, motivo de deseos, sueños de ausencia". Desea, contempla, medita, imagina las escenas de los cuadros de grandes maestros que corresponderían a tal o cual marco y así forja "mil mundos, deseos prohibidos, seres inalcanzables, nuevas formas de ver"; "El marco era estímulo para el ejercicio de la pura mirada. Era un deseo abierto. Una sugerencia tendida." Cf. IGNACIO IZUZQUIZA, *El coleccionista*, en: VV. AA., *Papeles, páginas, letras...* (Zaragoza, Pórtico, 1996), pp. 103-107.



Los tropos de la sinécdoque o la metonimia toman parte en este juego o ejercicio de renuncia inspiradora. Se apunta al mensaje ético y estético de la saciedad o sobresaturación, del hastío de lo material en las culturas de Occidente, de la inundación de imágenes, en un excesivo consumo de impulsos visuales y acústicos que desemboca en una añoranza del vacío, de la desnudez, de la quietud, en una especie de nirvana de las sensaciones. Cabría disfrutar de la abstinencia material, de la liberación de los sentidos, y depurarlos de todo lastre. Quizás tal catarsis nos devuelva un equilibrio en la capacidad receptiva y aumente la disponibilidad de los plenos recursos sensoriales. Paradójicamente esta utopía anticonsumista no logra eliminar el impulso coleccionista y se siguen almacenando excedentes aunque, por lo menos, vacíos, "nadas", como acabamos de ver.

Hemos reservado para el final la solución más evidente a este problema de logística de los anaqueles rebosantes: Agrandar el espacio bibliotecario, si es que podemos permitirnos la inversión adicional del alquiler o de la compra de una casa más grande y de nuevas estanterías.

Sin embargo, los libros de Germán Colón pertenecen al género sedentario, reacios a mudanzas o expulsiones de su lugar ameno.

Germán, no te preocupes, siempre habrá alguna buhardilla más por ahí.

*Universität Basel*